

to? ¿Quieres ser vasallo de Jesús? ¿Quieres vestirte de su librea y sujetarte á su imperio?

Punto 3.º *Los judíos dicen que no quieren á otro rey que á César.*—Oyendo los pontífices las palabras de Pilatos, y viendo que nuevamente les presentaba á Jesús, respondieron alborotados: «Quitale, quitale, crucifícale». Dijo Pilatos: «¿Á vuestro Rey he de crucificar?» Respondieron ellos: «No tenemos otro rey sino á César». Considera aquí, primeramente, la rabia increíble de esta gente, los cuales ni aun ver á Cristo querían, y por eso dijeron: «Quitale de ahí», que fué decir: No le vean más nuestros ojos; crucifícale, para que de una vez se acabe. Pusieron por obra lo que de ellos refiere el libro de la Sabiduría: «Acechemos al justo, porque es inútil para nosotros y contrario á nuestras obras. Danos en rostro con los pecados que hacemos contra la ley, y publícalos á todos. Pesado es para nosotros aun el mirarle, porque su vida es muy desemejante á la nuestra, y sus caminos muy diferentes». Pondera luego la maldad y ceguedad de esta misma gente en dejar al Rey verdadero, que Dios les había dado para su bien, y aceptar por rey al tirano que les quitaba la hacienda y la libertad que ellos tanto estimaban; y al que antes aborrecían, ahora le reciben por odio á Cristo; y en castigo de esta maldad permitió Dios que perdiesen á su verdadero Rey Mesías, y que el rey terreno que escogieron se volviera contra ellos, y los asolase y destruyese. Vuelve ahora sobre ti tus ojos, y confúndete de ver cuántas veces has dejado al Rey del cielo por el de la tierra, y por puntos de honra, viviendo como si no tuvieses otro que el César; con lo cual haces grande injuria á Dios, á semejanza del pueblo hebreo. ¡Oh Rey soberano! De todo corazón me pesa por las veces que os he dejado y ofendido. Cuando era del mundo, decía con los mundanos: No tengo otro rey que á César; pero de hoy más, Señor, digo, cuanto es de mi parte, que no quiero otro rey sino á Cristo. ¡Oh, si todos los hombres tuviesen este lenguaje, reconociendo en Jesús á su soberano y verdadero Rey! ¿Reina Jesús en nosotros? ¿Hemos consentido que nos dominasen sus enemigos? ¿Hemos pretendido apartarle de nuestra presencia, esforzándonos en alejarle de nuestra mente?

Epílogo y coloquios. ¡Oh atrevimiento diabólico de los hombres! Á tal extremo llega, que acusan y condenan al mismo Dios por blasfemo, fundándose en la ley santísima que Él mismo había dictado. Aparentan mucho celo por el cumplimiento de la ley, y ellos, con el mayor descaro, obstinación y malicia, la quebrantan. Jesús, que con milagros patentes y visibles, con virtudes heroicas, con el cumplimiento de las profecías había probado hasta la evidencia que era el Mesías Hijo de Dios, es acusa-

¹ Sap., II, 12.

do y se pide su muerte por haber dicho que lo era. Mas, ¿qué hará Pilatos? Convencido como está de la inocencia de Jesús, ¿decidirá por fin darle libertad? A esto le induce su conciencia; pero le han dicho una palabra que le hace vacilar: Si sueltas á Cristo, no eres amigo del César; y por no perder la amistad del César, consentirá en pisar los fueros de la justicia. Verdad es que probará algunos medios para librar á Cristo: Unas veces se valdrá del ridículo, presentando á Jesús y diciendo: Mirad al Rey que teméis; otras con reprensiones, diciendo: ¿Queréis que mate á vuestro Rey? Mas al fin cederá á la presión y amenazas de los judíos. ¡Oh debilidad criminal de este mal juez! ¡Oh malicia inaudita del pueblo judío! Desecha á Jesús, su Rey, y en su lugar escoge un tirano, que dentro de poco tiempo le destruirá. Así paga el demonio á quien le sirve. ¿Qué haremos, pues, nosotros? ¿Hemos imitado alguna vez á los judíos, desechando á Jesús y entregándonos á su enemigo? ¿Le miraremos desde hoy y le honraremos como á nuestro Rey? ¿Qué pruebas hemos de dar á fin de testificar que Jesús es nuestro Rey? Hasta ahora en nosotros ha reinado tal vez la pasión, el genio, los sentidos; procuremos que de hoy más reine Jesús, y para esto hagamos eficaces propósitos, fervientes coloquios, confiadas súplicas por nosotros y por todo el mundo.

48.—SENTENCIA DE MUERTE CONTRA JESÚS.

PRELUDIO 1.º Antes que Pilatos dictase la sentencia, su mujer le mandó un recado encargándole que no lo hiciese; lavóse las manos, y la firmó.

PRELUDIO 2.º Representate á Pilatos sentado en su tribunal, firmando la sentencia de muerte contra Jesús que está presente.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de no sentenciar á muerte á Jesús, pecando.

Punto 1.º *La mujer de Pilatos le manda un recado, encargándole que nada haga á Cristo.*—Habiéndose sentado Pilatos en su tribunal para sentenciar la causa de Cristo, envióle su mujer un recado que decía: «No te metas en la causa de este Justo, porque muchas cosas he padecido hoy en visiones por Él». Aquí has de considerar cómo estas visiones, que padeció en sueños la mujer de Pilatos, pudieron proceder del demonio y del buen ángel; y de ambos modos puedes tú sacar provecho. Pondera primero cómo el demonio, viendo la extraña mansedumbre de Cristo, y su invencible paciencia en tantas injurias y dolores, comenzó á sospechar que era el Mesías Hijo de Dios, y el que había de destruir su reino; y así amedrentó con sueños á la mujer de Pilatos, para que ella procurase estorbar su muerte, pareciéndole que por medio de la mujer persuadiría al marido lo

¹ Math., xxvii, 19.

que quería. En lo cual es digna de gran consideración la invencible fuerza de la heroica virtud, pues pone admiración á los mismos demonios; los cuales, como dice Santiago¹, creen y tiemblan; creen, forzados de los indicios, y tiemblan de la majestad y santidad que creen. Puedes, en segundo lugar, considerar que el buen ángel con su inspiración habló en sueños á esta mujer, y la dijo: que si su marido condenaba á Cristo, él sería condenado, y padecería terribles trabajos, y el pueblo hebreo sería asolado. Y á este talle le representaría algunas cosas espantosas, para que persuadiese á su marido le soltase; por lo cual ella lo tuvo por justo, y así dió testimonio de ello, diciendo á su marido: «No te entremetas con este Justo». ¡Oh Justo y justificador de los hombres! Muy conocida y atestiguada es vuestra justicia, y con todo eso no es admitida ni aprobada. Justificadme con vuestra justicia, y dadme parte en ella, porque ni yo puedo vivir sin vuestra compañía, ni querría jamás apartarme de ella. ¿Deseas tú participar de la justicia de Jesús? ¿Imitas sus virtudes heroicas? ¿Sigues el mal consejo de Pilatos, no haciendo caso de las buenas inspiraciones?

Punto 2.º *Pilatos se lava las manos, aparentando inocencia.*—Sentado Pilatos en su tribunal, pidió agua, y delante de todo el pueblo lavó sus manos, diciendo: «Inocente soy de la sangre de este Justo; vosotros, mirad lo que hacéis». Ellos respondieron: «Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos». Pondera aquí ante todo cómo los Evangelistas muy á menudo nos traen á la memoria la inocencia de Jesucristo y los testimonios que de ella daba Pilatos, para que nos acordemos en cada uno de los tormentos que padece, no por sus pecados, sino por los nuestros; convidándonos con esto á compadecernos más de este Señor, y á llorar nuestras culpas, por las cuales padece tan graves penas. Considera luego la maldad furiosa del pueblo judaico, que, á trueque de quitar la vida á Cristo nuestro Señor y derramar su sangre, ofrecieron la suya y la de sus hijos, cargándose de los castigos que merecía la muerte de este Justo tan injusta; y así les sucedió, porque la sangre de Jesucristo, que era poderosa para dar la vida á sus mismos derramadores, fué para ellos ocasión de muerte, durando en su rebeldía. Con otro espíritu que los judíos dirígete tú al Eterno Padre, diciéndole: Ven, Señor, la sangre de este Justo, Hijo vuestro, sobre mí y sobre todos los fieles para limpiarnos y santificarnos con ella; porque yo, Señor, os ofrezco la mía, con deseo de derramarla por quien derramó por mí la suya. ¡Oh sangre preciosísima de Jesús! No vengáis sobre mí como sobre estos rebeldes, para confundirme, sino con misericordia para lavarme y justificarme. ¡Oh Redentor mío! No permitáis que, como Pilatos, lave yo las

¹ Jacob, II, 19. — ² Matth., xxvii, 24.

manos con agua, y deje mi corazón manchado con la culpa; y que, haciendo obras malas por temor humano, las quiera excusar y lavar en la apariencia, atribuyendo á otro lo que yo miserable peco. ¿No te horroriza la pertinacia y malicia de los judíos? ¿No te compadeces de Jesús, tan inocente y tan atormentado?

Punto 3.º *Pilatos da la sentencia de muerte.*—Al ver Pilatos la obstinación de aquel pueblo, juzgó que se debía cumplir su demanda, y así entregó á Jesús á su voluntad, para que hiciesen lo que querían. Esta fué la sentencia que dió el mal juez contra Jesús, condenándole á morir crucificado; en la cual has de considerar primeramente cuán injusta y cruel fué, pues el mismo juez conocía que era inocente, y lo testificaba, no sólo con palabras, sino con aquella ceremonia exterior de lavarse las manos; y con todo eso, la pronunció, movido de temor humano, para que el pueblo no le acusase delante del César, atropellando por esto la justicia. También fué cruel, porque, sabiendo que los pontífices, por envidia, acusaban á Cristo, y por odio deseaban que muriese de tal muerte, le entregó á su voluntad, siguiendo, no la razón, ni las leyes de la justicia ni de la misericordia, sino la voluntad de un pueblo furioso, que no se contentaba con menos que con muerte de cruz. Pondera luego la grande alegría de aquella malvada gente, y la gritería que levantó cuando vió pronunciada esta sentencia, y el parabién que se darían unos á otros de haber salido con su pretensión; todo lo cual era en grave injuria de Jesús, que lo estaba oyendo. Pero con más devoción contempla cómo notificaron á Jesús la sentencia; el cual, aunque vió que era injustísima de parte del juez, pero mirando cómo venía por orden de su Eterno Padre para remedio del mundo, luego la aceptó de muy buena gana, no apeló, ni suplicó, ni se quejó del agravio que le hacían, ni habló palabra contra el juez, ni contra sus ministros, sino con gran voluntad se ofreció á la ejecución de ella por nuestro bien, entregándose con su voluntad amorosa á la voluntad rabiosa de sus enemigos, para que hiciesen de Él lo que Pilatos habia sentenciado. ¡Oh Redentor dulcísimo! Gracias os doy por esta voluntad con que aceptasteis sentencia tan injusta y tan cruel por librarme de la justa sentencia de muerte que contra mí estaba dada. Desde hoy os entrego totalmente mi voluntad por cumplir en todo la vuestra. ¡Oh, si nunca me hubiese yo apartado de ella! ¡Oh, si todos los hombres se rindiesen al servicio de Aquel que murió por todos! ¿Cómo lo hacemos nosotros? ¿Qué efecto produce en nosotros la sentencia de Jesús? ¿Nos someteremos como Él á todas las disposiciones divinas?

Epílogo y coloquios. ¡En qué lucha tan empeñada se encuentra Pilatos al tener que fallar la causa de Cristo! Su concien-

¹ Luc., xxiii, 24.

cia, el sentimiento natural de la justicia, su propia mujer, tratan de consuno de retraerle de cometer un enorme delito; mas el temor humano, el deseo de no perder la amistad del César, y de conservar el importante cargo que desempeña, le inducen á fallar contra Cristo. El Angel custodio, con temibles visiones, amedrenta á su mujer, trazándole el cuadro de males que va á sobrevenir á su familia, si su marido consiente en la muerte de Jesús; y quizá también el demonio pretende estorbarla, barruntando que va á terminar su imperio. En tan angustiosa alternativa, Pilatos lávase las manos, deseando justificarse delante de los hombres. ¡Infeliz! ¡Como si esta ceremonia exterior fuese suficiente para abonarle delante de Dios! Así hacen muchos cristianos; con mil pretextos vanos y fútiles de necesidad, imposibilidad, distracción, quieren excusar las graves faltas que cometen. La sentencia que da el mal juez no puede ser ni más cruel ni más injusta; entrega á Jesús á la voluntad de los judíos, sabiendo la rabia que le tenían, el odio que le profesaban. ¡Adónde conduce el temor humano exagerado! ¿Nos dejamos llevar nosotros de él? ¿Hemos imitado alguna vez á Pilatos, condescendiendo con la alborotada turba de las pasiones que nos combate y oprime? ¿Hemos llegado á condenar y á crucificar á Jesús dentro de nuestro corazón? Si así es, llorémoslo con amargas lágrimas, y con eficaces propósitos resolvámonos á evitar todas las culpas, pidiendo con este objeto las fuerzas que necesitamos. Roguemos por la perseverancia de los justos, por los tentados, por los que se hallan entre peligros, y por todo lo demás.

49. — SALE JESÚS CON LA CRUZ Á CUESTAS.

PRELUDIO 1.º Dada la sentencia, Jesús tomó la cruz que le presentaron, y, cargando con ella, salió para el monte Calvario.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús al tiempo de abrazarse por primera vez con el sagrado madero.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber aceptar la cruz.

Punto 1.º *Ponen á Jesús sus vestidos, y preséntanle la cruz.*—Oída y aceptada la sentencia de muerte de cruz¹, la primera cosa que hicieron los soldados encargados de ejecutarla, fué desnudar á Jesús de la vestidura de púrpura y vestirle sus propias vestiduras, para que fuese conocido por ellas; pero no leemos que le quitasen la corona de espinas; antes se la dejaron puesta, para no darle aquel alivio. Pondera aquí las palabras afrentosas que en esta ocasión le dirían, como á hombre condenado por facineroso, y cómo le llevarían con crueldad á la sala donde le habían azotado, para desnudarle, dándole sus vestidu-

¹ Marc., xv, 20.

ras sangrientas para que se las vistiese. Todo lo cual tuvo misterio, porque, al modo que Jesucristo, para llevar su cruz, se desnudó de las vestiduras ajenas que le habían puesto en casa de Herodes y Pilatos, y se vistió las suyas propias, así tú, para llevar tu cruz é imitarle, debes desnudarte de todas las costumbres viciosas del mundo y carne, y vestirte las que son propias de Cristo, por las cuales has de ser conocido y tenido por discípulo suyo, especialmente la mansedumbre, paciencia, misericordia y entrañas de caridad. La segunda cosa que hicieron los soldados fué traer allí el madero de la cruz, grande y muy pesado. Y cuando Jesús la vió, ¿qué sentiría y diría en su corazón? Sin duda se regalaría con ella, y diría, mucho mejor que después dijo san Andrés: «Dios te salve, cruz preciosa, que tantos años has sido deseada por Mí con gran deseo, amada con gran solicitud, buscada con gran continuación, y estás ya aparejada para el que desea verse junto contigo; ven, y abrazarte he con mis brazos, porque me has de recibir en los tuyos; ven, y daréte beso de paz con mi boca, porque tengo de reclinarme en ti mi cabeza, y dormir en paz el último sueño de la muerte». ¡Oh, con qué ternura abrazaría nuestro Salvador su cruz, santificándola con aquel primer abrazo! ¡Con qué ganas la tomaría en sus manos y la pondría sobre sus afligidos hombros! ¡Oh dulce Jesús! Dame gracia para que mire vuestra cruz con tales ojos, y la abrace con este amor, y la busque con este deseo, gloriándome de la cruz, y no descansando hasta morir en ella. ¿Cómo miramos nosotros la cruz de nuestras tribulaciones? ¿Cómo la aceptamos? ¿Procuramos, para llevarla, revestirnos de la humildad, paciencia y demás virtudes que son como la vestidura de Cristo?

Punto 2.º *Acompañado de dos ladrones, sale Jesús con la cruz á cuestras.*—Considera cómo para aumentar la ignominia y afrenta de Jesús, sacaron de la cárcel dos ladrones que estaban condenados al mismo suplicio, á fin de que fuesen con Él por el camino, y por causa de ellos fuese tenido por ladrón y malhechor. Mas ¡con cuán diferentes ojos miraron estos ladrones la cruz, estremeciéndose con su vista, y cerrando los ojos para no verla! Ellos amaron la culpa y aborrecieron la pena; mas nuestro amado Jesús amó la pena y aborreció la culpa. Por donde se ve que la compañía de estos ladrones sirvió para que resaltase más la admirable paciencia, virtud y santidad del Señor, cuya deshonra buscaban los que le dieron tal compañía. Pondera cómo, estando todo preparado, los soldados dispuestos y los verdugos armados, á una pequeña insinuación de su jefe, el divino Señor cargóse con la cruz, y salió caminando hacia el monte Calvario. Mira cuán grande sería la afrenta de Cristo en aquella primera salida de la casa de Pilatos, cargado de su cruz

¹ Joan., xix, 17.

y en medio de ladrones, con voz de pregonero que publicaba sus fingidos delitos, y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente á ver este espectáculo. Contempla á los ángeles, que desde el cielo miran espantados á su Señor en medio de tales afrentas, con deseo de bajar á defender su causa; y al Eterno Padre, que, cual otro Abraham¹, con el fuego en la mano, y con el cuchillo desenvainado, va acompañando á su obedientísimo Isaac hasta el santo monte. ¡Oh Padre celestial! Abrasadme con ese fuego para que ame al que tanto me amó; heridme con ese cuchillo de modo que muera en mí todo lo que os desagrade; descubridme á la luz de este fuego divino la grandeza de vuestra inmensa caridad y la profundidad de la humildad y obediencia de vuestro Hijo, para que me precie de sus desprecios y los abrace con amor á la vista de todo el mundo. ¡Oh, quién pudiese participar de sus afrentas y acompañarle en el camino del Calvario! ¿Le seguimos nosotros á lo menos con la consideración y compasión? ¿Ó es nuestra vida causa de su mayor deshonra, como la de los ladrones?

Punto 3.º *Dolor de Jesús por el peso de la cruz y de los pecados que ella representa.*—Considera en este punto la grande congoja y dolor que sentiría el cuerpo flaco de Jesucristo con la pesadísima carga de la cruz. ¡Qué de veces tropezaría y arrodillaría con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado por los tormentos pasados! ¡Cómo sudaría de fatiga, oprimido con la carga de aquel madero! ¡Cómo iría regando las calles con la sangre que corría de las llagas, oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caía encima de ellas. Y este divino Señor ve cómo los hombres pisan su sangre sin que haya quien la recoja, y se ríen de su cansancio sin que nadie le ayude; muy al contrario, este cansancio les da nueva ocasión de injuriarle. ¡Qué dolor! Mas, pondera cómo lo que más siente Jesús en este doloroso camino, no es tanto la carga de la cruz, cuanto la carga de nuestros pecados, que por ella se representan; porque si David decía que los suyos eran para él carga pesada, cuánto más pesada sería la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir; la cual cargó toda sobre este Señor; de quien dijo Isaías: «Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno se fué por su camino, y el Señor puso sobre Él la maldad de todos nosotros». ¡Oh dulce Jesús! Mis pecados son los que cargan sobre vuestros hombros. Yo soy la oveja que erré, y Vos sois llevado como oveja al matadero del monte Calvario, para ser sacrificado por mis yerros. ¡Oh, quién nunca los hubiera cometido, para no daros tanto trabajo! Pero ya que la culpa es mía, razón es que lleve parte de la pena, y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, Señor, me ofrezco á llevarla, como Vos lle-

¹ Genes., XVII, 6. — ² Isai., LII, 6.

vasteis la vuestra. ¿Nos animan á nosotros estos sentimientos? Si Jesús tanto padece por nuestros pecados, ¿cómo nosotros no nos mortificamos por ellos?

Epílogo y coloquios. ¡Cómo brilla el amor infinito de Jesucristo en aceptar la cruz en la que ha de morir afrentosa muerte! Apenas se acaba de dar la sentencia, cuando los soldados, impacientes por ejecutarla, llevan al Señor á la sala de los azotes, cámbianle las vestiduras, poniéndole las suyas propias; preséntanle la cruz, con la cual amorosamente se abraza, saludándola con ternura sin igual; y sacando de la cárcel dos ladrones para que vayan con Él y mueran al mismo tiempo en el Calvario, emprenden el camino, dirigiéndose hacia la cumbre del monte en donde se ha de consumir el sacrificio. ¡Qué vergüenza y afrenta pasaría Jesús al versé cargado con el infame madero, en medio de dos facinerosos, como si fuese el mayor de todos, caminando al son de trompeta hacia el Calvario! ¡Qué congoja y dolor experimentaría su fatigado y enflaquecido cuerpo subiendo por aquel áspero camino, cargado con el pesado madero, dejando en pos de sí un reguero de sangre! Mas ¡qué confusión y pena le causaría la enorme carga de los pecados de todo el mundo, que su Padre celestial le había impuesto, por haberse Él mismo ofrecido á asumir la responsabilidad de todos los pecadores! Miremos con dolor á Jesús, y al contemplarle en este paso, jadeando y manando de todo su cuerpo copioso sudor, preguntémos: ¿Qué penitencia hacemos nosotros por los pecados que hemos cometido? ¿Cómo recibimos las tribulaciones y cruces que el Señor nos envía? ¿Qué debemos hacer para consolar y ayudar á Jesús, tan afligido y cansado? ¿Qué desea de nosotros este divino Señor? Basta ya de ingraticudes; no seamos mezquinos con un Señor que tan generoso se muestra con nosotros; resolvamos lo que hemos de practicar y evitar; pidamos gracia para ejecutarlo, y roguemos por todo lo que deseamos obtener.

50.—SIMÓN CIRINEO AYUDA Á JESÚS Á LLEVAR LA CRUZ.

PRELUDIO 1.º Temiendo los judíos que Jesús se les muriese antes de llegar al Calvario, obligaron á Simón Cirineo á que llevase la cruz en pos de Él.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús caminando con paso vacilante y á Simón en pos de Él llevando la cruz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de ayudar á Jesús del modo que puedes.

Punto 1.º *Jesús, en su flaqueza, ordena que un hombre le ayude á llevar la cruz.*—Caminando Jesús con su cruz áuestas, como temieran los judíos que se muriese en el camino, asieron de un hombre, llamado Simón, para que llevase la cruz detrás de Él¹. Sobre este paso puedes considerar la grande fatiga

¹ Luc., XXIII, 26.